el enemigo." Movido por esta súplica de un hombre realmente valiente, Diaz le permitió que ingresara á las filas como soldado raso. Sometiéndose desde entónces á toda clase de penalidades, sin proferir ni una queja, pronto ascendió á sargento; y en una expedicion que hicieron al sur de Oajaca recibió, por fin, la bala que tanto tiempo habia esperado. "Ya expié mi falta," prorumpió al caer moribundo. Pasada la batalla, le buscaron sus compañeros, encontrándole con la mano sobre el corazon, y segun refieren, se notaba en su fisonomía cierto aire de triunfo y satisfaccion.

Diaz redoblaba sus esfuerzos cuanto mas reducido era el número de los defensores por la desercion de los compañeros. Él casi nada descansaba, distribuyendo su tiempo en dictar sus disposiciones y en vigilar su ejecucion, haciendo rondas en la noche para inspeccionar las trincheras, recomendando las precauciones y animando á su gente. En una ocasion se alarmó mucho al hallar una larga línea de los terraplenes enteramente abandonada. Al tratar de distinguir en la oscuridad, le pareció ver y luego oir pasos de tropa que se acercaban del campo enemigo. Al momento avivó las fogatas para que creyeran que estaban guarnecidos los puestos y se apresuró á cubrirlos.

Llegó á ponerse tan desesperado con su atolondrada tenacidad, que muchos ya creyeron que se proponia enterrarse bajo las ruinas de su ciudad natal. En verdad, la víspera de su rendicion se plantó en el techo del convento de San Francisco á hacerle frente con un obús á la batería francesa que barria el lugar. El puñado de hombres que tenian la pieza habian sufrido muchísimo y ya iban á abandonarla, cuando Diaz subió y los arengó: "Deteneos, mis valientes, no les dejeis ver las espaldas á los franceses," é hizo puntería con el obús. Silbaban las balas á millares y con rapidez, matando uno tras otro, hasta que solo quedó un sargento para ayudar al general á manejar el cañon. Su vida parecia encantada, pero no podia, sin embargo, permanecer allí mas tiempo sin que lo matasen. Los

oficiales le gritaban desde abajo implorándole que se retirara, hasta que por fin Gonzalez se le acercó, y haciendo uso de toda su oratoria logró persuadirle; hasta entónces no consintió Diaz en retirarse. La fortuna les habia vuelto la espalda por completo, porque habiéndose desertado hasta las tropas escogidas que sostenian las fortificaciones del Cerro, los franceses tomaron posesion de varios puntos, quedando la ciudad enteramente á merced de ellos, y la retirada de la guarnicion cortada. Visto el mal estado de la plaza, se prepararon para dar un asalto general el 9 de Febrero, y concluir de un solo golpe, si era posible, un sitio de varias semanas de duracion. El general Diaz vió que en la situacion en que se encontraba, pues solo tenia unos cuantos centenares de tropas debilitadas para resistir al numeroso ejército sitiador, el prolongar la resistencia sería sacrificar las vidas sin fruto: además la esperanza le animaba de que podría escaparse y servir de nuevo á su país. Estaba para darse la órden de ataque cuando se pidió capitulalacion. Rehusada esta, el general Diaz, acompañado de dos coroneles, se presentó en el cuartel general de Bazaine, y le dijo: "No le proporcionaré á vd. una victoria final; la ciudad sucumbirá al primer ataque porque no tiene defensores: yo soy el único responsable de la resistencia que se ha hecho, y estoy á la disposicion de vd., pidiendo solo la debida consideracion para mis valientes compañeros y mi ciudad natal."

—"Cediendo antes, tal vez se hubiera vd. puesto bien con el gobierno y librádose del cargo de alta traicion contra su soberano," replicó Bazaine en un tono mezclado de respeto y sentimiento.

—"Nunca he tenido soberano," contestó Diaz con orgullo, "y seré siempre enemigo de los enemigos de mi país.

—"Podrá ser," dijo Bazaine irónicamente, "pero recuerde vd. que ha faltado á su palabra dada en Puebla."

—"Es falso," exclamó el prisionero levantándose con altivez, "jamás he faltado á mi palabra."

El comandante en jefe pidió que se trajera á la vista lo que constase sobre los prisioneros de guerra, y que se leyera la parte relativa al general Diaz. El ayudante titubeó y pasó el libro á Bazaine, quien leyó: "Juro defender la causa de la libertad y de mi país con toda mi energía, reconociendo el derecho de los franceses de vigilarme." Cambió rápidamente de tono y con un saludo cortés se despidió del prisionero.

Los oficiales rendidos fueron enviados á Puebla, miéntras que los soldados alegando haber sido forzados, se incorporaron en las filas imperialistas ó fueron dados de baja. El general Maugin, con algunos batallones, quedó encargado de reducir el resto del distrito, promover la restauracion de Oajaca y perseguir las partidas sueltas que merodeaban aun bajo Félix Diaz y Figueroa. Bazaine volvió á Méjico á celebrar la caida del primer general mejicano. La campaña debia haberse confiado á Brincourt, pero en ese caso, probablemente habria fracasado, pues el celoso general en jefe no hubiera concedido á un subordinado las fuerzas numerosas y otros elementos con que él mismo alcanzó el triunfo.

La escolta de los prisioneros que marchaban para Puebla la mandaba un mayor de zuavos, que tenia la cruel y cobarde complacencia de atormentarlos con indirectas y amenazas.

En Etla llegó un correo trayéndole un pliego que él leyó con una expresion de hondo pesar, á la vez que entre su tropa se oia el susurro de próximas ejecuciones. En un tono vacilante, semi-político, con la idea de hacerlo irónico, el mayor anunció á los prisioneros que tenia órdenes para conducirlos á la casa preparada recientemente para Bazaine, y tratarlos con toda clase de consideraciones.

Los temores de los prisioneros no disminuyeron al verse metidos en una galera sin ventanas y formados en línea contra la pared. Entónces se dejó oir la fatídica órden: "Uno de cada diez," y consiguientemente cada décimo hombre fué sacado de las filas. Esta escena fué repetida hasta que no quedó ya ni un solo hombre. Al dia siguiente volvieron á encontrarse todos reunidos: pues lo de la víspera solo habia sido una farsa para amedrentarlos.

El vizconde de Luellan se encargó en seguida de los prisioneros y los trató con las mayores atenciones. Se aproximó al general Diaz con marcada deferencia, y arregló conforme á sus deseos las horas de marcha y descanso.

En Puebla fueron inducidos los prisioneros, bajo la presion de amenazas, á firmar la promesa de permanecer neutrales durante la guerra, mediante lo cual obtuvieron su libertad, ó los mandaron á la frontera. Todos firmaron ménos el general Diaz, el Lic. Castellanos Sanchez, y el capitan Reguera, los cuales por haberse negado á hacerlo fueron devueltos á la prision.

Ya el general Diaz se habia escapado una vez del lugar en que lo tenian detenido, y conociéndolo bien empezó á calcular la manera de lograr su libertad. La fortaleza estaba fuertemente guarnecida, y rodeada á todos lados de fosos anchos, de modo que era indispensable que alguien le ayudara de afuera. Afortunadamente, se le proporcionó con oportunidad el auxilio, pues la poblacion no habia olvidado á su bizarro defensor de 1863, ni sus captores dejaban de acordarse de la consideracion con que trató á los prisioneros. Habiéndose, pues, hecho los arreglos definitivos, se fijó un dia para la fuga. Pero como si le hubiera sido denunciado el proyecto, el jefe ese mismo dia trasladó á Diaz, de Loreto al convento de la Concepcion, poniéndolo en una celda del entresuelo, donde habia en el centro un pocito de agua, cuyas cualidades medicinales le produjeron una vez alguna renta al convento. Aquí Diaz, con trabajo asiduo, horadó un pequeño pasaje hácia la calle. Casi estaba concluido cuando el comandante lo cambió al cuartel, donde sus esfuerzos tambien parece que fueron infructuosos.

Por este tiempo el conde Thum, gobernador de Puebla, marchó con una expedicion para Cuernavaca, dejando encargado del mando al baron de Chismandie que siempre habia mostrado al prisionero una delicada deferencia. Viendo que las restricciones que le imponian en su retencion afectaban su salud y comodidad, pues aun el bañarse se lo interrumpian con una molesta vigilancia, el baron lo invitó á que le acompañara en sus paseos. Diaz aceptó una vez y despues se rehusó, fundándose en que mucha intimidad con los oficiales franceses podría ocasionar sospechas y dudas sobre su lealtad á la causa republicana. Chismandie le ofreció mayor libertad de accion si le daba su palabra privadamente que no se escaparía. Diaz le dió las gracias, diciendo: "Mi palabra dada privadamente me liga tanto como una promesa pública, y yo no puedo renunciar á aprovecharme de ningun incidente favorable que pueda presentárseme."

—"No obstante, vd. es caballero y amigo mio," replicó el otro, "y puede salir de su prision durante el dia volviendo al toque de retreta. Si vd. me compromete, tendré que sufrir las consecuencias."

Diaz consintió hasta que volvió Thum. El conde estaba de un humor negro, al cual daba rienda suelta de varias maneras, entre ellas haciendo saber al prisionero que desaprobaba las concesiones que se le habian hecho, y que consiguientemente sería mas vigilado y restringido que antes. Aun lo amenazó con usar hácia él de las represalias si no mandaba órden al general Lúcas para que tratase bien á los prisioneros que habia hecho en la última expedicion. Diaz, con marcada indignacion, replicó que Chismandie bien sabia que él no abusaría de las consideraciones que se le tenian, y que no daría órden ninguna respecto á los traidores de su patria. La conducta del conde se adecuaba bien á los actos de una nacion y un ejército, que en pleno siglo diez y nueve y sin cuidarse del derecho ni de la decencia, trataba de imponer por la fuerza un gobierno odioso á un país libre. La única contesta-

cion de Thum fué mandar el prisionero al cuartel á un encierro mas rígido que nunca, conforme á la importancia que se le daba, puesto que toda proposicion para su canje se habia desechado.

No obstante esto, Diaz pudo mantenerse en inteligencia con sus amigos, miéntras le llegaba su vez. De cuando en cuando se notaba algun descuido en las guardias, y sabiendo que ciertos centinelas considerados entrarían de servicio el 20 de Setiembre, informó de ello á sus amigos. Al toque de retreta se quedó atrás y cuando oscureció bien se deslizó al patio. Estaba convenido que le tirarían un cabo para adentr del patio en el punto ménos expuesto. Al llegar punto convenido no halló el cabo, pero oyó un mov miento en la calle de San Roque que le hizo latir con fuerza el corazon. Sin embargo, al mismo tiempo un ruido del techo le indicó que se aproximaba el centinela y se escondió en un rincon, conteniendo la respiracion. Temió que sus amigos en la calle llamaran la atencion, pero el soldado se volvió y el sonido de sus pasos denotó que se alejaba. Diaz respiró ya mas libremente. Segunda vez buscó el cabo para volver á chasquearse; pues hasta ahora nada interrumpia el silencio en la calle. Los minutos le parecian horas. De pronto oyó unos golpecitos que lo guiaron hácia un cabo colgante, el cual agarró con un júbilo inexplicable. Un tiron del otro lado lo hizo apresurarse y con los piés descalzos escaló la pared. El centinela estaba á punto de volver, pero merced á la completa oscuridad en la calle, el prófugo logró pasar al otro lado sin ser visto. Al arrojarse en los brazos de sus amigos dejó caer en el patio dos cartas: una para Thum y otra para Chismandie. Al conde le hacia presente que le habia manifestado su intencion de escaparse y le desafiaba para el campo de batalla. Al baron le expresaba su gratitud mas profunda. Acto continuo salió precipitadamente de la poblacion antes de que se diera la alarma, y montando á caballo, echó á andar por veredas con un solo com-

pañero, en busca del antiguo teatro de sus hazañas, el sur de Puebla, sin detenerse en el tránsito para nada.

La precaucion no estuvo de mas; pues numerosas partidas enemigas salieron á perseguirle por todas direcciones, incitadas por el cebo de los diez mil pesos que se habian ofrecido por su captura, ó por una prueba convincente de que habia sido muerto. Por la razon de que conforme al infame decreto de 3 de Octubre de 1865, los oficiales imperialistas podian fusilar como bandidos á todos los republicanos sorprendidos con las armas en la mano, ó que fueran partidarios auxiliares de la causa, Diaz debia ponerse en salvo: otros generales casi tan importantes como él, Arteaga y Salazar, fueron pasados por las armas: patriotas, que por el solo hecho de defender la libertad de su patria contra la tiranía extranjera, fueron tenidos por criminales y asesinados á manos de un vástago de la mas avanzada civilizacion europea. Pero la retribucion justa y legal estaba ya próxima, como veremos luego; porque las detonaciones y el humo sulfúreo de los tiros que cortaron la vida á esos patriotas, llegaron á convertirse en una tormenta que á su debido tiempo abrumó al autor de tan sanguinario decreto.

VASIJAS DE BARRO—TULA.

CAPÍTULO XVIII.

REORGANIZACION DEL EJÉRCITO Y SUCESOS.

1865-1866.

REVESES REPUBLICANOS—DIAS NEGROS—LA CAMPAÑA DE ORIENTE—EFECTOS DE LA AUSENCIA—REÚNESE UN NUEVO EJÉRCITO—UNA VICTORIA SIN SANGRE—DISPOSICIONES DE DIAZ—MOVIMIENTOS IMPERIALISTAS—VIAJE DEL APÓSTOL DE LA LIBERTAD—PROBABILIDADES MAS BRILLANTES—ACTITUD DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE—NAPOLEON SE RETIRA—POSICION ANÓMALA DE MAXIMILIANO—DIPLOMACIA Y GUERRA—BATALLA DE NIAHUATLAN.

Los reveses sufridos por el general Diaz al principio de 1865, destruyeron el baluarte de la república; dias negros se cirnieron sobre ella y decayó la esperanza. Los imperialistas habian recorrido todo el país, con excepcion de la faja extrema del norte, que llamaba su atencion principalmente porque el gobierno juarista sostenia allí una sombra de representacion republicana, defendida mas bien por la extension de desiertos en derredor suyo, que por los restos desparramados del ejército. Las guerrillas y partidas que recorrian otras partes, solo trataban de mantener el estandarte de la libertad en los puntos fuertes de la sierra.

Uno de los efectos inmediatos del triunfo de Bazaine fué ponerlo en condicion de dirigir sus esfuerzos ya indivisos, para echar á Juarez del país, y adquirir de este modo para Maximiliano el prestigio de ser el único jefe de gobierno, objeto de la mas alta importancia, especialmente con la mira de obtener el reconocimiento de los Estados Unidos.

Antes de cerrar el año de 1864, toda la region del N. E. habia sido sometida por el imperio, con accion